

Alfredo García Gregorio

CONTRATIEMPO

EXT. PUEBLO - DÍA

Mientras pasan los títulos vemos las calles del pueblo vacías a eso de las dos de la tarde. El Sol en su apogeo dibuja sombras nítidas. Se oye el ladrido de un perro. Los postigos están entornados. Nos detenemos en las contraventanas de la parte superior de una casa y vamos entrando dentro.

INT. DORMITORIO - DÍA

La alcoba, débilmente iluminada por las razas que penetran por entre los postigos. Sobre una mesilla, descansa una foto del matrimonio (con seis hijos de diferentes edades) dentro de un marco de alpaca, junto a un pequeño cofre de nogal; en la pared, por encima del cabecero de hierro, una considerable cruz de madera sostiene el cuerpo de un hombre joven, clavado a ella. Los clavos entran por las palmas de las manos, cuyos dedos se curvan como queriendo acariciar con las yemas las cabezas de hierro. En la parte baja del madero vertical el pie izquierdo monta el derecho, unidos ambos por un gran clavo que los atraviesa por el empeine y los mantiene unidos al leño. La faz no muestra ningún visaje dolorido, sino un semblante sereno y de gran belleza, realzada por una corona de afiladas espinas -algunas al aire y otras clavadas en el cuero cabelludo, sienes y parte superior de la frente-. Mantiene la cabeza -con larga cabellera de leves rizos castaños-, inclinada hacia delante, un poco a la derecha, los labios laxos, entreabiertos; da la sensación de haber expirado. En la pared lateral, una foto enmarcada de una pareja joven en el día de la boda. En la cama, de armazón de hierro y patas con ruedas, descansa una mujer (CELESTINA), de cuyo cuerpo, cubierto por sábana y colcha ahuecada, asoma una pálida cara, con los párpados cerrados. Al final del cuello se aprecia una mancha amoratada.

Un poco separado de la cama, un hombre (ABEL)-con algo de tripa, de pelo rucio y cara cuarteada y curtida- permanece sentado en una silla de madera con el asiento redondo de anea; lleva ropa de domingo y sostiene en las manos una

boina, que de vez en cuando hace girar. El hombre levanta la cabeza y mira el rostro de la mujer.

ABEL

¡Qué cara tan agotada tienes, Celes...!
 Todavía no eras vieja y mantenías cierta
 prestancia. Podíamos haber ido de viaje
 a algún sitio lejos cuando yo ya no
 valiera para trabajar la tierra y
 habrías pisado las calles de una ciudad
 extraña y hubieras hecho fotos como
 esos turistas que salen en la
 televisión.

(deja de mirarla y cambia a
 un tono de reproche)

Pero no, te has tenido que morir delante
 de todo el pueblo, a lo bestia. Me has
 dejado solo. Tú sabes que me hacías
 falta: cuidabas de nuestra hacienda,
 atendías el hogar y dabas de comer a las
 gallinas... ¿Y la cena?

INSERTO CELESTINA HACIENO
 ESTAS ACTIVIDADES

¿Quién indias me va a hacer la cena,
 Celestina, si no sé freír un huevo? Buena
 la has liado. Tan sufrida que eras. Jamás
 hubiera esperado esto de ti. De otra, vaya,
 pero de ti, Celes... Si parecías contenta
 con tu televisor en color, lleno de
 telenovelas y tertulias a rebosar. Incluso
 te reías a veces, y, otras, llorabas de
 gusto.

INSERTO CELES SONRIENDO
 DELANTE DE LA TELEVISIÓN

Y con las tertulias y demás escaparates
 también te entretenías lo tuyo. Pero
 ¿cómo se te ocurre hacerme una cosa así?
 De ti sola no ha podido salir semejante
 desatino.

(se levanta)

¡Releches con las mujeres! Parecéis
 mansas, pero cuando queréis hacer una
 faena, hincáis el aguijón a conciencia.
 Yo te quería Celes, a mi manera, pero te
 quería. Nunca te lo dije, cierto, pero
 si no, no me habría casado contigo.
 Siempre me ha gustado probar las uvas de
 otras vides. Eso lo tenías que sospechar
 de un hombre tan bragado como tu hombre.
 Y, ahora, han puesto el club de alterne
 ahí en el pueblo de al lado,

...y si lo han puesto, será para algo, digo yo, no lo van a poner de adorno. Será para que los hombres, al terminar la faena, tengamos trato y nos desahogemos un poco. Uno no puede estar bebiendo toda la vida el vino de la misma cuba; eso llega a cansar.

(mira al joven de la cruz, que permanece impassible)

El Crucificado sabe de estas debilidades y no creo que las tenga mucho en cuenta, porque también es hombre y, además, sabe que nunca te faltó ropa que vestir o comida que llevarte a la boca,

INSERTO CELESTINA COMIENDO
SATISFECHA

...y un televisor en color de veinticuatro pulgadas. Tenía pensado comprarte otro de esos planos de treinta y siete que había visto en una tienda de la Villa, con más canales que la de dios, para que te divirtieras aún más.

(la mira y vuelve a bajar la mirada)

¿Cuántas veces te levanté la mano después de cuarenta y tres años de matrimonio? Que yo recuerde, dos.

INSERTO LEVANTÁNDOLE LA MANO.
ELLA ENCOGIDA DE HOMBROS
ESPERANDO EL GOLPE

... y ni te rocé; se quedaron más en amenaza que en otra cosa. Yo siempre he tenido mucho apego y estima por ti como mujer y como madre de mis hijos. Aunque no te lo haya dicho, eso se tenía que notar, y más una mujer que veía mucho la televisión.

(Mira hacia la cómoda, deja la boina encima de la cama, coge el cofre, lo abre y saca una pulsera)

Y esta pulsera querrá decir algo. No todos le regalan a su mujer una cosa así, con la inscripción de tu nombre y el mío. Yo, perdón, cuando te levanté la mano por primera vez, no te pedí, pero al día siguiente fui a la Villa y te compré esto. Aquí eso de «perdón» y los «te quiero» sabes que no se estila; son cosas de los libros, de la capital o de la televisión, pero esta pulsera de oro,

que me costó sus buenos cuartos, algo supondrá, digo yo, pues los regalos tienen su propio lenguaje, tanto o más sincero que las palabras, y son de más enjundia.

(deja la pulsera, saca un collar y se lo enseña)

Y esto también, Celes, esto también te lo compré al día siguiente de haberte levantado la mano por segunda y última vez. Nadie en el pueblo tiene ese desprendimiento y ese pronto, y tan contentas.

(se levanta y pasea por la habitación. Se dirige al hombre de la cruz)

Tú, que también eres hombre y sabes de nuestras debilidades ¿tengo razón o no? ¿Qué te parece la faena que me ha hecho esta mujer por un capricho pasajero? Tú las conoces bien, por algo no quieres que sean sacerdotes y vayamos a confesarles nuestros pecados. Con lo viciosos que somos los hombres, menudas confesiones iba a haber...

(a Celestina)

¡Indias, Celestina, me has desgraciado! Hay que tener más miramiento por un hombre que te ha dado los cuartos para el arreglo diario, te ha vestido y te ha hecho seis hijos, aunque ahora no se acuerden mucho de ti. Al menos, podías haber escogido otra hechura. En las películas y telenovelas alguna de más juicio habrás visto, o, al menos, te podrías haber colgado del nogal del corral.

INSERTO SIGUIENTES ACTOS

DE CELESTINA

...Pero no, para chincharme bien, te pusiste mis zapatos y, para dejarme jeringado del todo, tu traje del día de nuestra boda, descosido, porque no te entraba, y, echa un espantapájaros, elegiste el sauce frente a la iglesia, un domingo a las doce y media, para que, cuando las santurronas salieran de misa, vieran tu disgusto colgado allí, delante de las narices de todos los vecinos y del cura, que tiene parte de culpa con sus sermones lanzando directas sobre el

peligro de un club de alterne en estos baldíos, con mujeres venidas de países más húmedos. Yo estaba en el club con la mulata. y cuando me avisó el hijo de la Eugenia que viniera a casa por un asunto urgente, ya te habían descolgado la Margarita y tu hermano, quien me lo ha contado con todo detalle, y te habían traído aquí; menuda vergüenza y disgusto me has hecho pasar; menos mal que, colgada, no llegué a verte, pero me va a costar perdonártelo.

INSERTO ABEL CAMINANDO POR
CALLES VACÍAS

Cuando venía hacia casa, las calles estaban desiertas y las puertas y ventanas cerradas como si nadie quisiera verme, aunque yo notaba que las miradas detrás de los postigos se clavaban en mi rostro y me escupían en la cara.

(se serena, se sienta, vuelve a coger la boina entre las manos, en tono más reconciliador)

Yo no tengo la culpa de que la mulata me acaramelara de esa manera.

INSERTO MULATA ACARAMELÁNDOLO

Tenías que comprenderlo: un cuerpo joven... Además, yo ejercía con ella la caridad del cristiano para que aliviara la escasez de los suyos. Aquellos sí que tienen motivos para abandonar la poquedad de este mundo y no lo hacen; sin embargo, tú, que no te faltaba de nada...

(Se queda contemplando la foto del día de la boda)

Tú también tuviste las carnes duras.

INSERTO CUERPOS DESNUDOS DE
ESPALDAS DE CELES Y MULATA

...Pero llega un día en que a las mujeres no sé qué os pasa, os salen alforjas, surcos resecos, y uno busca otras tierras con más temporal.

(la mira a ella en la cama)

Mira que no tener en cuenta las tardes y noches que hemos pasado juntos al calor de la lumbre, sobre todo en los fríos inviernos...

INSERTO A LOS DOS SENTADOS
A LA LUMBRE DEL HOGAR

No me jeringues, Celestina, hay que mirar más el pasado, no solo el presente y el futuro. El pasado no engaña; sin embargo, el ahora y el después se pueden dar la vuelta en cualquier momento o no llegar a ser siquiera.

(mira la foto de la cómoda)

La verdad es que te ordeñaron a base de bien tus seis hijos, que, en cuanto pudieron, volaron y no han querido saber más del campo, y bregar, has bregado con salero. Yo, queja de ti, no tengo ninguna; siempre me has tenido limpio, y el almuerzo, comida y cena, en su sitio, variado, alegre y de buen regusto, y en la cama nunca te has negado a calmar mis ansias, y no me has calentado mucho la cabeza con el bla bla blá.

(mira al hombre de la cruz
abriendo los bazos)

¿Qué más puede pedir un hombre a una mujer?

(deja la boina sobre la
cómoda y se levanta
enfadado de nuevo)

¡Releches! Tú sabes cómo es aquí la gente. Esto no me lo perdonan en la vida. Me has dejado señalado, Celes. Claro que tú, como ya ni sufres ni padeces... Pero que sepas que esto no se le hace a un marido que no te ha tratado tan mal. Con lo sufrida y aguantada que has sido con tus hijos, no has sido capaz de llevar un caprichín de nada.

(cambia de tono, más humilde,
más cercano a ella. Mira al
hombre clavado en la cruz)

De todas formas, te encargará unas cuantas misas; uno nunca ha sido un despiadado. Y por más que don Priscilo se empecine en que no te entierra en el cementerio por haberte ido de este mundo cuando te ha dado la gana, tú vas a descansar en el camposanto porque es de cajón, porque ése era tu deseo y porque lo mando yo. Si hace falta cavar la fosa de noche, la cavo, te llevo en la pala del tractor y te entierro,

INSERTO PALA DEL TRACTOR
CON EL ATAÚD.

(va por el medio de la calle. La gente se asoma a las ventanas para verlo pasar)

... y a ver si el cura tiene huevos para desenterrarte.

(vuelve a dirigir la mirada al hombre de la cruz, se antigua)

Que el Hombre Crucificado te perdone tus pecados, si es que tienes alguno sin perdonar, y te acoja en su seno, amén.

(coge la boina)

Me has dejado para no prestar el resto de mi vida, Celes. Podías haber tenido un poco de miramiento... ¡Malditas televisiones!

(amoscado, se cala la gorra, se da la vuelta y se va alejando con lentitud)

Vendrán la Margarita y la Eugenia a arreglarte para este último viaje. Voy a tomarme un vaso de vino a ver si pasa este nudo. Yo te quería, Celes, a mi manera, pero te quería. Nunca te lo dije, pero el hecho era ése.

Antes de llegar a la puerta, oye una voz de mujer

VOZ

Abel.

Abel se da la vuelta, asustado. Se encoge de hombros. Se dirige de nuevo a la salida.

ABEL

¡Vaya!, me pareció oír tu voz, Celes. Debo de estar soñando. Como en la vida te había hablado tanto, velay.

Sigue andando. Se para en seco al volver a oírla.

VOZ

Abel.

Se queda quieto, asustado, atento a cualquier ruido. Vuelve la cabeza lentamente. No se oye nada. Sigue andando, pisa con suavidad, camina despacio. Sale. Se oyen las PISADAS rápidas bajando los escalones. La cámara hace un recorrido empezando por la pared con el retrato de la pareja, se detiene en el hombre impassible

clavado a la cruz, baja a la cara de Celestina y termina en un armario, de donde sale una mujer (MARGARITA), que va retirando los aros a Celestina, puestos para esconder la respiración.

MARGARITA

Se lo ha tragado, Celestina. Ya te puedes dar por contenta. Merecía este escarmiento.

Celestina se incorpora.

CELESTINA

Me ha dicho que me quería, a su manera. Como no deje de ir detrás de pelanduscas por ahí, me vuelvo a morir, pero en serio.

MARGARITA

Eso no te lo crees ni tú. Con lo que te gustan los huevos fritos, una buena charla al relente de las atardecidas y las telenovelas. De sobra sabes que a nuestra edad nadie hace tal bobada por un hombre. ¡Menudo trabajo hizo la Eugenia! Es una artista con el maquillaje. No has debido de mover ni un pelo. Valías para posar en una calle de la capital y ganarte unas perras, vestida así de difunta. Ahora, vete a la cocina, con maquillaje y todo; luego lo quitamos. Va a creer que está soñando; menudo susto le vas a dar. Yo voy detrás.

INT. COCINA - DÍA

Abel está de pie de espaldas. Mira por la ventana. Se ve una botella de vino medio llena en la mesa. Sostiene en la mano un vaso de vino. Echa un trago. Celestina aparece en el dintel. Mira cómo bebe.

CELESTINA

Así que me quieres, Abel.

A Abel se le cae el vaso al suelo. Se da la vuelta, pone cara de espanto y cae de espaldas.

INT. DORMITORIO - DÍA (atardecer)

Todavía entra algún rayo de sol. Vemos al joven crucificado en el mismo sitio, en la misma postura. Celestina está sentada en la silla de anea. Abel, tumbado boca arriba en la cama. Celestina dirige una mirada piadosa al hombre clavado en la cruz. Luego mira a Abel.

CELESTINA

Cómo iba a saber yo que te asustarías de ese modo al darte la vuelta y verme, y que te golpearías la cabeza contra la banqueta, y menos, que te ibas a morir, no sé si por el golpe o por el susto, con lo hombre que tú eras, que nunca te has asustado por nada ni has tenido miedo a nadie.

Sólo te quería hacer ver que no me respetabas yendo por ahí de parranda mientras yo me quedaba en casa

INSERTO ALGUNAS ACTIVIDADES

DE CELESTINA

cocinando, limpiando, lavándote la ropa y viendo telenovelas. Una necesita que su marido la saque y la enseñe con orgullo a los demás. En la televisión veo hombres que llevan a sus mujeres cogidas del brazo; van de paseo, al cine, al teatro, al bar, incluso a la playa. Sin embargo, yo, que llevo sesenta y tres años viviendo en la Tierra, no conozco aún el mar. Con eso de que no podías dejar sin atender el ganado y las tierras... Al ganado lo atendías bien, la verdad, pero a tu mujer, no... Me has dejado sola. Menos mal que yo sí sé freír un huevo y llevar una casa. Con gusto hubiera seguido friendo otro para ti si ese «te quería a mi manera» iba a llevar otros hechos detrás... Ojalá tú también estuvieras fingiendo que estás muerto como he fingido yo, pero a ti no te ha maquillado nadie, y se te han ido los colores de la cara. Para una vez que me habías dicho que me querías, vas y te mueres de una manera boba. Eso no se hace. Esas no son formas de morir. Es más normal morir con una soga al cuello que como lo has hecho tú. Me he llevado un gran disgusto, la verdad sea dicha. Además, al morir de esa forma me has

dejado un sentimiento de culpabilidad por haberte asustado al verme viva, con la de veces que me has visto viva. Sin embargo, no te asustaste tanto de verme muerta y eso que nunca me habías visto muerta... Mi hermano, la Margarita y la Eugenia también están muy contrariados; él mintió, y ellas me ayudaron a disfrazarme de muerta y tienen sus sentimientos de culpabilidad. Cuando uno se muere, Abel, hay que procurar que los que se quedan aquí en la Tierra no se sientan culpables de que te hayas ido, para que así puedan seguir disfrutando sin remordimientos del plácido sueño y de respirar el aire tranquilo de los amaneceres. No sé cómo llegaste a pensar que iba a abandonar este mundo de esa manera tan escandalosa, y menos por un hombre como tú, que aunque los hay mucho peores y menos apuestos, tampoco eras un príncipe ni un galán del cine ni la atención en persona para conmigo. Y si a las mujeres con el tiempo nos salen surcos y tenemos menos temporal, los hombres sois tierra del mismo pago, con más abandono, pero como no os miráis como es debido en el espejo y sois unos presumidos...

INSERTO JOVEN MULATO Y ABEL
DESNUDOS DE ESPALDA

Que sepas que no me hubiera importado seguir viviendo contigo si te enmendabas y ponías un poco más de consideración hacia mí, que con eso de trabajar y traer el dinero a casa no está todo arreglado. Sí, me hiciste algunos regalos valiosos, pero no hay que esperar a hacerlos para lavar la conciencia cuando se le levanta la mano a la mujer. ¿Acaso te la levanté yo a ti alguna vez y también te regalé camisas, pantalones...?

INSERTO CELES HACIÉNDOLE
REGALOS

A tus hijos tampoco les ha hecho ninguna gracia que te hayas muerto de esa manera tan tonta, y se han extrañado de que haya sido a causa de un susto. Siempre te han tenido por fortachón y valiente. Pero ya ves; la vida y la muerte son muy

suyas y nos traen sorpresas y disgustos.
Vendrán a darte sepultura, que lo sepas.
(echa la vista resignada al
hombre amarrado a la cruz)

Vaya sea por Dios, que en su seno te
tenga acogido, amén. El Crucificado nos
redimió con su padecimiento, y doler
tiene que doler que te metan esos clavos
por pies y manos, y las espinas no se
quedan atrás. Esas misas que ibas a
encargar por mí serán por ti. Como te
has muerto sin quererlo, el cura no
puede oponerse a que te dé sepultura en
el camposanto. Es de agradecer que
estuvieras dispuesto a enterrarme de
noche llevándome, si el caso lo
requería, en la pala del tractor. Eso
indica que tenías un fondo noble, pero
ese fondo tenías que haberlo sacado a
veces a la superficie, Abel, que los
fondos se ven mal, sobre todo sin son
profundos... Cuando a mí me llegue la
hora, reposaré junto a ti. Después de
haber estado tantos años juntos, una se
acostumbra a la compañía. Mientras
tanto, hay que vivir, que de morir
tiempo hay. Con ese pensar siempre has
estado de acuerdo, así que no te lo
tomarás a mal que quiera seguir en este
mundo comiendo huevos fritos, paseando a
la atardecida y viendo telenovelas.

(se queda mirando al hombre
de la cruz)

Aunque ahora las lágrimas no me salen,
mañana en el entierro, delante de todos,
derramaré algunas para que te vayas
debidamente llorado. Que descanses en
paz, y si el Juez Supremo cree
conveniente que debes pasar una
temporadica en el purgatorio para entrar
totalmente limpio en el Reino de los
Cielos, que sea lo más corta posible. Yo
me encargaré aquí en la Tierra de enviar
jaculatorias a la divinidad de vez en
cuando para que así sea. Amén.

(reza una jaculatoria, mira la
cabeza inclinada del joven
clavado y coronado de espinas,
se santigua y se persigna)

Hasta que nos veamos en el otro mundo, Abel, si es que vamos al mismo sitio, que espero que sí. Yo voy a tomarme un zumo de naranja y a prepararme un par de huevos fritos, que se me ha quedado la boca seca y me ha dado hambre tanto hablar. Una aún está viva, y los vivos tenemos ciertas necesidades que los muertos ya no tenéis, ni falta que os hace. Así es la vida, Abel; todo tiene su por qué, su gracia y su fastidio.

Va saliendo de la habitación.

Quedan solos el hombre amarrado a la cruz y el hombre tumbado sobre la cama. Con cara plácida y resignada, parecen habitar en el mismo mundo y comprenderse.

INSERTO HUEVOS FRIÉNDOSE EN
LA SARTÉN